

Presentación

El día 16 de marzo de 1970, fue un día muy triste para Mallén, un incendio en las escuelas acabó con ellas, afortunadamente no hubo ningún daño para los alumnos y profesores que allí se encontraban.



Santiago Gascón en este relato nos narra, de una bonita forma, todo lo sucedido aquel día. Hasta el año 1976 no fueron los alumnos a la nueva escuela, durante este período, las clases se impartían en locales del Ayuntamiento y otros de distintos vecinos.



AYUNTAMIENTO
DE
MALLÉN
(ZARAGOZA)



O.N.G. Los Pardillos

www.belsinon.com



MALLÉN

Nº 84 ABRIL DE 2008

La escuela calcinada

Los lunes, todo el desasosiego del mundo acudía a mi estómago. Cada lunes sin falta, mientras caminaba despacio hacia la escuela con la cartera a la espalda, deseaba con fuerza que al viejo edificio se lo hubiera tragado para siempre los infiernos. Odiaba el caserón de las escuelas y odiaba al maestro que odiaba a todos sus alumnos. Teníamos tanto miedo a sus insultos, a sus golpes, a sus patadas, que no quedaba espacio libre en nuestras cabezas para el subjuntivo o para la división por dos cifras.

Cada lunes remontaba desganado la escalera y abría mi cuaderno, comprobando que era cierto lo que el maestro decía: aquella letra no podría descifrarla ni el mejor farmacéutico. Más o menos en ese instante salía yo de mi sueño y entraba en la pesadilla que suponía otra semana más de colegio.

Pero aquel lunes, antes de que ninguno abriéramos nuestra cartera, antes de desplegar nuestros libros sobre el pupitre, Chano Callén, vociferando, llamó la atención de la clase sobre la espesa niebla que se había levantado. Menuda estupidez – pensé – si todos acabábamos de ser zarandeados por el cierzo. Pero era verdad, del patio de recreo no podía verse absolutamente nada, había desaparecido bajo una boira gris, casi negra y, sin embargo, desde las ventanas que daban a la calle no había rastro de ella. Don Adolfo abrió la ventana para corroborar el fenómeno y, a los pocos segundos, se escuchó algo así como una explosión en el tejado. El maestro, sin más explicaciones, dio orden de salir inmediatamente en la misma for-



Interior de las Nacionales

mación con la que íbamos al recreo, cada cual con su mano derecha sobre el hombro del compañero que le precediera.

Una vez en el pasillo comprobamos que todos los cursos salían con el mismo orden, aunque los mayores fueran sonrientes y despreocupados como si se dirigieran a una fiesta. Ellos y nosotros hubimos de ceder el paso a las clases de las chicas, tal como rezaban las normas de urbanidad que habíamos estudiado. Recuerdo a Ricardico subir contra corriente, entorpeciendo el tráfico de las muchachas y alegando no sé qué de un abrigo olvidado que acababa de estrenar. Doña Clemencia le interceptó el paso con una sonora bofetada que le hizo bajar a tumbos hasta el patio.

En el patio, los párvulos salían de sus clases dando saltos y gritos. Supe por mi hermano pequeño que les acababan de anunciar la llegada de un circo. Nadie imaginaba el drama que danzaba sobre nuestras cabezas hasta que vimos a un grupo de madres obstruyendo la puerta de salida. Eran lo más parecido a la locura: una fusión de caras, llantos, gritos y brazos extendidos que buscaban ciegos a sus hijos. Tuvo que ser nuevamente Doña Clemencia quien, con sus habilidades persuasivas y su paraguas, disolviera en un instante aquel atasco.

Ya en la plazoleta de la iglesia, junto a mi hermano, comprobé la magnitud del asunto. Una llamarada inmensa consumía el tejado mientras salían los últimos alumnos y maestros. Cuando el director informó que no quedaba nadie en las aulas, la cubierta del edificio se desplomó como si hubiera estado aguardando esa señal.

No me atreví a contárselo a nadie, pero en ese preciso instante tuve la certeza de que todos mis ruegos acababan de ser atendidos. Permanecí no sé cuánto rato absorto, hasta sentir los abrazos de mi madre y escuchar el llanto de mi hermano. Comprendí que en una ocasión semejante se esperaba de mí que llorara, pero era incapaz de hacerlo.

Mientras se aguardaba la llegada de los bomberos, la gente se organizó como pudo con cientos de pozales que venían de todas las casas y que resultaban inútiles ante aquella hoguera que crecía y amenazaba a la iglesia contigua. Alguien abrió las puertas del templo y dio orden de salvar lo que se pudiera. San Blas, Santa Bárbara, San Pascual Bailón, salieron con urgencia y sin boato. Algunas mujeres, con sus cubos vacíos se arrodillaban y rezaban ante el santo que les pillara a mano. Pensé en los sueños que solía tener, tan absurdos que impedían ser relatados y pensé en que aquel superaba a todos los anteriores y que en cualquier momento la vara de don Adolfo iba a recordarme que continuara leyendo.

Cuando el camión de bomberos llegó, nada se pudo salvar del colegio. Apagaron el fuego, empaparon de agua la iglesia y confirmaron que el incendio se había iniciado el viernes anterior en una estufa mal apagada. Durante el sábado y el domingo había ido lamiendo lentamente las vigas de madera como si fueran cigarros, sin que una brizna de humo saliera al exterior. El lunes, todas las maestras y maestros, prácticamente a la vez, abrieron las ventanas de sus aulas propiciando la combustión que sentí como un estallido.

Mientras duraron aquellas inesperadas vacaciones pasaba las horas mirando absorto las llamas de la chimenea, sin sensación alguna de culpa, pero un poco asustado, porque ahora sabía que las cosas deseadas con fuerza acababan sucediendo. Durante muchos días volaron por las calles del pueblo hojas de papel medio quemadas: páginas del Quijote, del catecismo, de un manual de

aritmética, ejercicios de caligrafía que habían escapado del infierno y ahora erraban perseguidas por el cierzo. Tenían mucho de fantasma aquellas hojas, como lo tenían las ruinas de las viejas escuelas. Tanto, que la gente más mayor no quería ni pasar por la plaza, porque decían que les obligaba a revivir la guerra.

Las clases volvieron a reanudarse en locales ya en desuso: en el antiguo casino, en tiendas abandonadas, en la vieja panadería de mi abuela, incluso en el salón de plenos del ayuntamiento. Eran aulas sin ventilación, casi sin luz, a veces sin pasillo entre pupitres. Como recreo se utilizaba alguna plaza cercana, alguna era y, cuando llegaba el buen tiempo, salíamos a pintar el mapamundi sobre el cemento de la calle, para enfado de las vecinas que luego se afanaban en limpiarlo con lejía.

Al año siguiente fui enviado a un internado. Acepté como un castigo merecido el hecho de tener que dormir en una celda y tener que pasar los fines de semana sin salir de aquella cárcel. No quise desear que se incendiara, a esas alturas había comprendido que sólo podría empeorar las cosas.

El último curso, antes de marchar al instituto, me permitirían regresar al pueblo. El Ministerio había levantado unas aulas prefabricadas. Unos barracones en las que podías morir congelado en enero, pero achicharrarte en mayo.

Pasarían todavía unos años hasta que pudo inaugurarse el nuevo colegio.

Un colegio con biblioteca, con laboratorios y gimnasio.

Un colegio que trajo de nuevo la algarabía perdida de los recreos compartidos y de las salidas en tropel de la chiquillería.

Un colegio que, al abrirse, supuso el cierre para las pequeñas escuelas de los pueblos cercanos, en los que ya nunca ha vuelto a escucharse cantar a coro las tablas de multiplicar.